

## **Del lenguaje no machista como razón pura.**

En respuesta, oposición y ratificación al artículo de cierto Sátrapa Trascendente, excelso Cátedro de Tecnodulia Incierta y dilecto colega, sobre la supresión de los pecados lingüísticos (ya otras instancias mucho más poderosas trataron de suprimir el pecado por la tajante vía de la cremación, tortura y degollina, ¡pero es tanto el empecinamiento de Satanás...!) debo notificar oficialmente que el Institutum Pataphisicum Granatensis viene llevando a cabo una investigación al respecto. Como es de ley, dicha investigación consiste en un sin fin de encuestas, realizadas en el más estricto secreto. Tanto es así que ni siquiera quienes las han efectuado sabían que lo estaban haciendo y adoptaron, por tanto, el mismo nombre que Odiseo ante Polifemo.

En las ciencias estrictas y prácticas, que no puras (aborrezcamos de lo puro porque de todos es sabido que el tabaco perjudica seriamente la salud), como la sociología, la psicología y la pedagogía, el instrumento por antonomasia de sondeo es la encuesta. Cuanto más se acercan sus resultados (la aspiración es siempre el 100 %, pero como en política, eso sería demasiado sospechoso, de modo que se huye tanto de la perfección como del defecto) a la totalidad, más podemos saber que erramos en las deducciones. Pasa como con la Fe: cuanto más convencido está el creyente, más sabe, si no de Su inexistencia, sí de Su ausencia; cuanto más persuadido está el no creyente de la inexistencia del Altísimo, más confía en Él en los momentos delicados.

Pues bien, y dejándonos estar de tonterías, digresiones e introducciones en absoluto placenteras, la encuesta es el medio por excelencia, y en ellas (siempre en plural, por favor) nos hemos afianzado. El resultado indudable (el 50,1 %) ha sido que el lenguaje no sexista, no machista y no redentorista, es practicado por el político al uso como medio efficacísimo para hablar mucho sin decir nada. Si un hombre público, o una mujer pública, empieza su discurso con aquel ya famoso: ¡Ciudadanos, ciudadanas!, ¡compañeros, compañeras!, ¡trabajadores, trabajadoras!, tiene un tanto por ciento elevadísimo de probabilidades de que ya no le dé tiempo de añadir más cosas o de que el distinguido público ande ya a esas alturas bostezando, con lo cual es mucho más fácil epilogar el discurso con los también famosos ¡¿es que vamos a consentir...?! Noooooo, ¡ nuestra repuesta debe ser contundente! Siiiiii.

En nuestro afán científico por ayudar en lo posible al mejoramiento, no sólo de la vida diaria sino también de los intereses de quienes velan por la calidad de nuestras existencias, en nuestro purito por llevar las investigaciones patafísicas a donde deben estar: la evolución cada vez más profunda del Hombre para que vuelva a ser mono (¡qué satisfactorio es oír la frase

¡qué mona estás!, ¡qué mono estás!; no en vano se nos va el sueldo en gimnasios, dietas y demás zarandajas), queremos colaborar en el desarrollo y profundización de este lenguaje correctísimo, no sólo políticamente sino desde el punto de vista de los tres poderes, y aun si se nos apura, para el cuarto poder. Es por ello que hemos observado el ninguneo al que se somete con tal lenguaje, aún por desgracia no suficientemente evolucionado, a las personas, hombres y mujeres, ancianos y ancianas, criaturos y criaturas, que por cualquier motivo achacable a la falta de normalización y estandarización, lacra de nuestra sociedad arcaica, no dan la talla o la exceden.

Proponemos se amplíe la aplicación del lenguaje no discriminatorio a los bajitos y bajitas, altos y altas, indignos e indignas, etcétera. Así, el inicio de un discurso debería ser el siguiente: ¡Ciudadanos y ciudadanas, ciudadanitos y ciudadanitas, ciudadanillos y ciudadanillas, ciudadanazos y ciudadanazas, ciudadanuchos y ciudadanuchas, ciudadanines y ciudadaninas (para que no se diga que menospreciamos a asturianos y extremeños), ciudadanicos y ciudadanicas (ítem a los aragoneses [maños, cazurros y baturros])! Cosa que debería ampliarse a todas y cada una de las lenguas del estado y, ¡por Dios!, ¿cómo vamos a olvidarlos?, a las lenguas de todos los inmigrantes que residen en este país de una u otra procedencia. ¡Por fin habremos conseguido rellenar dos horas de arenga sin haber pasado de los preámbulos!, ¡al fin habremos obtenido una perorata política en la que todo el mundo tendrá claro a quién votar: a todos a la vez!

Por cierto, y como epílogo a este artículo de divulgación científica, quiero recordar a nuestro ilustre conmlitón, que entre esos refranes, frases hechas, lugares comunes que cita, se le olvidó el más famoso: el hombre como el oso, cuanto más feo, más asqueroso... ¿o no era así?, ¿cómo era, José?

**Miguel Arnas Coronado**